

Racine y el jansenismo

POR

JERONIMO MARTINEZ CUADRADO

La relación entre el escritor y su obra constituye una de las piedras de toque en que se fundamenta la interpretación de los textos literarios y uno de los principios que sustentan diversas vertientes de la crítica, desde la positivista, sobre todo en su versión biografista, pasando por la crítica psicoanalítica, hasta la sociomarxista, ya que el estudio del medio y de la sociedad en que vivió el autor lleva aparejado consideraciones en relación a los influjos que ese entorno vital ejerció sobre el artista.

Sucede, pues, que toda creación es hija de la vida interior de un hombre, desde luego influido por aconteceres externos, pero que él asimila, interioriza y elabora con su particular caletre y sensibilidad.

Por genuina que sea una obra, no es, por supuesto, atemporal, como no puede serlo la vida misma; la originalidad es la explosión de las dotes creadoras personales, la genialidad, darles adecuado cauce expresivo de conformidad con un nuevo y personal sistema de aprehensión del mundo y de las cosas, plasmándolas en una realidad abstracta o concreta, pero siempre que sean válidas para su momento histórico o para la posteridad en el mejor de los casos. En definitiva, una obra para ser válida surge en una época, a la que refleja o modifica, pero no al margen de ella, porque es fruto de la conciencia de sí e histórica de su autor, de la complejidad psicológica de quien la hizo, sobre quien pesan todo ese cúmulo de acontecimientos y circunstancias —unas heredadas, otras producto de la realidad presente— que agolpadas en la conciencia denominamos super-ego.

Creo que hasta las más puras creaciones que se han realizado bajo la consigna del «arte por el arte» son producto de una mentalidad y un sen-



tir arraigado en aquella sociedad. Y muchas de ellos nos deleitan porque poseen la magia atrayente del más elaborado intelectualismo, la desnudez de la estructura mental casi al descubierto, pero siempre dentro de ese clima o clímax que posee lo artístico, con realidad autónoma. Las que carecen de esa pincelada de vida, de ese punto indefinible, pero no imperceptible, del genio, qué duda cabe que son divertimentos más o menos agradables y pasajeros, juegos del cerebro o malabarismos más o menos frívolos.

Por otra parte, hablar de una época sin precisar el lugar y aun el medio cultural es bastante genérico, ya que el mundo no es un todo homogéneo, y aun simultáneamente coexisten diversas corrientes de pensamiento y modos de vida distintos, cuando no dispares.

Las influencias del jansenismo en la vida y la obra de Jean Racine han hecho correr muchísima tinta desde el siglo XVII hasta nuestros días.

Me propongo en estas líneas primeramente trazar un boceto histórico de la parte de la vida de Racine en que fue formado en Port-Royal y ofrecer un panorama sobre qué fue el jansenismo y las distintas corrientes que hubo en él, para analizar después sus incidencias sobre la dramaturgia raciniana, centrándome en los estudios que sobre el hecho ha realizado Goldmann, por constituir el último estadio de las investigaciones en relación a este fenómeno, ofreciendo así la interpretación más acabada (ya que además se integra en una visión sistemática total del pensamiento trágico francés del siglo XVII) en torno a esta cuestión.

Racine nació en La Ferté-Milon en 1639, fecha que, como ha subrayado Lucien Goldmann, es significativa e importante para la biografía del dramaturgo, pues un año antes se había producido la primera manifestación pública del jansenismo con la conversión de Antoine Le Maître y poco después se arresta al abad de Saint-Cyran y se le encierra en el castillo de Vincennes por orden del cardenal Richelieu, de donde saldrá después de la muerte del favorito en 1643 para morir seis meses después.

Así pues, en 1638 empezaron las persecuciones contra los jansenistas que se refugiaron por toda Francia; un grupo de ellos constituido por Antonio Le Maître, Monsieur de Sérécourt y Claude Lancelot son protegidos en La Ferté-Milon por la familia Vitart, emparentada con los Racine (1).

Jean Racine pierde a su madre en 1641 y a su padre en 1643, quedando

(1) Acerca de la biografía de Jean Racine, vid. *La vie de Jean Racine*, de François Mauriac, publicada en Lib. Plon, París, 1928. Recientemente, JEAN POMMIER, *Aspects de Racine*, Lib. Nizet, París, 1966, y JACQUES et PIERRE LACRETELLE, *Racine*, Lib. Académique Perrin, París, 1970, esta última traducida al español y publicada en la colección Austral en 1974.

su educación confiada, una vez el niño huérfano, a su abuela y a su tía, que se harán ambas religiosas en Port-Royal, llegando la última a ser abadesa del monasterio bajo el nombre eclesiástico de Agnès de Sainte-Thècle

«San éducation —dice Goldmann— sera profondément janséniste et s'accomplira soit à Port-Royal, soit dans les collèges serieusement imprégnés de l'esprit port-royaliste de Beauvais et d'Harcourt» (2).

Sus maestros son Nicole, Lancelot y Antoine Le Maître cuando estudia en «Les Petites Ecoles» de Port-Royal. Después pasa dos años en el colegio de Beauvais para volver nuevamente con dieciséis años a la sede del jansenismo, cuyas Petites Ecoles son cerradas un año más tarde debido a una nueva persecución, que permite a Racine quedarse allí, a excepción de sus condiscípulos que debieron dispersarse; pasa un tiempo en el castillo de Vaumuriel, mansión del duque de Luynes cerca de Port-Royal-des-Champs para en 1658 marchar al colegio Harcourt de París cuyo profesor Thomas Fortin era un gran amigo de Port-Royal.

En cuanto a la educación impartida en las escuelas port-royalistas, parece ser cierto que mantuvieron al alumnado al margen de las discusiones teológicas, si bien, como explica Goldmann:

«il est certain qu'en dehors des connaissances humanistes (grec, latin, grammaire, logique, etc.), la morale prenait une place importante dans la formation que Port-Royal s'efforçait de donner tant aux religieuses qu'aux jeunes gens dont il avait pris en charge l'éducation» (3).

La moral jansenista considera que este mundo en su doble vertiente —comunidad y universo, sociedad y espacio— resulta para la perspectiva ética inexcusablemente insuficiente, porque los auténticos valores morales no se llevan a cabo en él.

El pensamiento trágico, que Goldmann va a derivar a partir del jansenismo, postula la existencia de un Dios siempre presente y siempre ausente. Presente para juzgar nuestros actos en todo momento y ausente porque es el condicionamiento teleológico de todos los actos del hombre. Esta paradoja de la divinidad (es el «Deus absconditus» de Pascal) tiene como contrapartida la exigencia de los valores morales absolutos al hombre.

(2) GOLDMANN, LUCIEN, *Situation de la critique racinienne*, L'Arche Editeur, París, 1971, cit. pág. 30.

(3) IDEM, *ibidem*, pág. 31.

La visión trágica considera que el hombre no es puro tampoco, sino mezcla de bien y de mal, a la par que sitúa su conciencia desgarrada y polarizada entre un mundo antagónico y contradictorio en su esencia, y un Dios para quien «sólo el milagro es real», o lo que es lo mismo, para quien sólo lo imposible en el mundo (univocidad, realización de valores absolutos, etc.) cuenta.

Para el hombre trágico este mundo presidido por el error y la equivocidad está también siempre presente y siempre ausente, pero en sentido inverso a como lo es la divinidad.

El mundo es un elemento siempre presente por ser la realidad empírica en que vive inmerso el hombre trágico y ausente como consecuencia de ese Dios oculto que no acepta el menor compromiso intramundano, porque pactar con el mundo significaría aceptar la confusión, el error y la ambigüedad equívoca.

Debido a las exigencias de sus postulados morales, el jansenismo surge como un movimiento de *solitarios* que se alejan del mundo al servicio de Dios.

Los principales componentes de esta nueva actitud son, por una parte, letrados, jueces y abogados que abandonan su oficio siguiendo el imperativo de vivir sin participar en la organización mundana bajo ninguno de sus aspectos, y de otro lado sacerdotes que abandonan sus parroquias.

«Quant à l'entrée dans les ordres —agrega Goldmann— ou à l'acceptation d'un "bénéfice" ecclésiastique avec les avantages matériels et sociaux qu'il offrait, c'était pour les jansénistes le péché par excellence, le symbole même du péché mortel» (4).

Esta aceptación de un beneficio eclesiástico era considerada por los discípulos de San Agustín (como también se les llamó) como una mezcla de lo sagrado con lo humano, siendo esto para ellos mayor muestra de lo profano, dada su filosofía de incompatibilidad absoluta entre lo divino y lo mundano y la división excluyente entre el orden de la tierra y el del cielo. Mucho más censuraban aún que los eclesiásticos desempeñaran cargos políticos o administrativos.

Ahora resulta fácil colegir por qué Richelieu encarceló al jansenista abad de Saint-Cyran sin que éste saliera hasta la muerte del cardenal.

Esta doctrina, que unos consideraban como hereje y otros como la de San Agustín, preconizaba como única forma válida de vivir el cristia-

(4) GOLDMANN, LUCIENN, *Racine*, L'Arche Editeur, París, 1970, cit. pág. 44.

nismo la soledad más absoluta y radical. Sin embargo, y aun en su propio seno, se dieron diferentes posturas o matizaciones según el modo más o menos riguroso de llevar a la práctica esta doctrina.

Podrían resumirse en tres corrientes: moderados, centristas y extremistas.

El grupo moderado apenas si tiene importancia y lo constituyen los que apoyan el jansenismo, pero siguen viviendo en el mundo. Hoy les llamaríamos tal vez pro-jansenistas o simpatizantes.

Pero la verdadera filosofía de Port-Royal tiene tan sólo dos vertientes: centrismo y extremismo, éste a su vez subdividido en dos corrientes:

- El centrismo defendido por Arnauld y Nicole, quienes postulan que el hombre debe luchar en el mundo por la verdad y el bien, aun sabiendo a priori que no conseguirá imponerlos. Admiten, pues, la aceptación de cargos políticos, administrativos y religiosos por parte del católico, siempre que actúe con honradez.

«Arnauld et Nicole —nos dirá Goldmann— constatent à l'intérieur du monde *tel qu'il est* l'existence d'une lutte entre le bien et le mal, entre la vérité et l'erreur, entre la Cité de Dieu et la Cité du Diable, la piété et le péché et voient la tâche du chrétien dans la participation active à cette lutte qui leur paraît être (—...—) plutôt un état durable qu'une étape vers la défaite prochaine d'un des antagonistes» (5).

Defienden a las claras una participación del cristiano en la vida pública y en la Iglesia militante, y una lucha para la transformación del mundo, aun sin la esperanza de que se produzca el cambio.

- El grupo extremista que encabeza Martín de Barcos, abad de Saint-Cyran, cuenta con la Mère Agnè de Sainte-Thècle, la Mère Angélique, Lancelot, Guillebert y Singlin.

Su postura nos es ya conocida: no participación en el mundo, que es radicalmente malo, retiro y soledad del cristiano para poder consagrar su vida a Dios y a la oración.

El punto de vista trágico es genuino de este grupo.

Dentro del extremismo jansenista, se da una subdivisión con el grupo del abad Le Roy y de Perrault, de menor importancia, partidarios de una oposición activa ante las persecuciones, aun a riesgo de una posición cismática.

Hubo un momento en la historia de este movimiento religioso en que la Iglesia declaró heréticas cinco proposiciones contenidas en el *Augus-*

(5) GOLDMANN, LUCIEN, *Le dieu caché*, Éd. Gallimard, París, 1959, cit. pág. 158.

tinus de Cornelius Jansenius y obligó a que firmasen un formulario condenándolas «de coeur et de bouche» a los sacerdotes y religiosos.

Quizá fuera el problema de conciencia más grave que se les haya planteado a los discípulos de San Agustín, porque exigía un compromiso en el mundo y porque siendo para ellos lo mismo el pensamiento de San Agustín que el de Jansenio, les planteaba el dilema entre defensa de la verdad u obediencia a la Iglesia (6).

Además, estas cinco tesis no estaban expresadas según las formuló Nicolás Cornet en la obra de Jansenio, como indica Louis Cognet:

«Les Cinq propositions y étaient attribuées à Jansénius, mais point très nettement Elles étaient condamnées séparément: les quatre premières étaient déclarées hérétiques et la dernière fausse. Nulle mention n'y était faite du sens orthodoxe qu'elles auraient pu avoir» (7).

Con anterioridad al examen de la reacción de cada grupo, veamos lo esencial de las discusiones teológicas entre la Iglesia y los jansenistas, mantenidas acerca de la gracia.

El problema teológico fundamental del jansenismo se centraba en lo que se ha llamado «el justo pecador», que es el ser paradójico, y de ahí trágico por antonomasia.

Claramente se vislumbran dos posiciones diferentes: la arnaldiana y la barcosiana.

En Arnauld la tesis se plantea, como bien capta Goldmann, como sigue:

«Le monde est fait d'élus et de réprouvés, de justes et de pécheurs. Les réprouvés pèchent pour ainsi dire naturellement par suite du péche originel, les élus doivent leur état de justice et leur persévérance à la miséricorde divine, qui leur accorde

(6) Recorro a la obra *Le Jansénisme*, de Louis Gognet (P.U.F., París, 1975) para formular las cinco tesis condenadas por Inocencio X en 1653 en la bula *Cum occasione*, que son las siguientes:

«I. Quelques commandements de Dieu sont impossibles aux justes qui veulent et s'efforcent selon les forces qu'ils ont présentes: la grâce par laquelle ils leur seraient rendus possibles leur manque aussi.

II. Dans l'état de la nature déchue, on ne résiste jamais à la grâce intérieure.

III. Pour mériter et démeriter dans l'état de la nature déchue, il n'est pas nécessaire qu'il y ait dans l'homme une liberté qui soit exempte de nécessité; c'est assez qu'il y ait une liberté qui soit exempte de contrainte.

IV. Les semi-pélagiens admettaient la nécessité d'une grâce intérieure prévenante pour chaque action, même pour le commencement de la foi, et ils étaient hérétiques en ce qu'ils voulaient que cette grâce fût telle que la volonté de l'homme lui pût résister ou obéir.

V. C'est un sentiment semi-pelagien de dire que Jésus-Christ soit mort ou qu'il ait répandu son sang pour tous les hommes, sans en excepter un seul» (págs. 50-51).

(7) COGNET, LOUIS, *Le Jansénisme*, pág. 61.

gratuitement et indépendamment de tout mérite le secours de la Grâce efficace. Cette Grâce est d'ailleurs *actuelle* et rien ne permet d'admettre ou de soutenir que Dieu continuera à l'accorder au juste à l'instant suivant. Le même homme peut donc être successivement juste, réprouvé, et retourner par la suite à l'état de justice» (8).

La contradicción en la posición arnaldiana desaparece ante el hecho de que el hombre puede tener acceso por su razón natural a las Escrituras o a los escritos de los Santos Padres de la Iglesia. Quien lo ignora es por abulia o por voluntad expresa de no pertenecer al seno de la Iglesia militante.

Dios, en el centrismo, permanece oculto, distante, invisible, pero nos ha dado determinados textos con verdades esenciales, y facultades para poder entenderlos.

También logra salvar la paradoja del justo pecador la posición barcosiana, pero propone soluciones más radicales, a la vez que constituye para Barcos un permanente riesgo el de aceptar la paradoja; y es que Martín de Barcos no confía en la razón ni en las luces naturales, lo cual supondría una aproximación de la divinidad a los hombres. Por tanto, al no querer caer en la herejía, no puede aceptar la idea del justo pecador, que no está ni en las Sagradas Escrituras ni en el Evangelio ni en los Padres de la Iglesia, pero la solución que propone al cristiano es retirarse del mundo, puesto que

«il ne trouvera nulle part un guide certain, même sur le plan de l'acte immédiat et actuel; il se trouvera nécessairement devant des exigences à la fois valables et contradictoires, devant le paradoxe» (9).

Y desde luego paradójica, a la par que original y coherente fue la respuesta de Barcos ante la única vez en que la Iglesia le exigió una actitud activa, porque su respuesta fue que aceptaba con entera sumisión las decisiones del Papa y de la Iglesia, pero que se negaba a firmar el formulario.

Como también, aunque con más reservas, se negó a firmarlo el grupo extremista del abad Le Roy.

Los centristas, con Arnould y Nicole al frente, distinguieron entre el derecho y el hecho: la Iglesia tiene pleno derecho a manifestarse con autoridad indiscutible sobre los problemas de fe e indudablemente esas

(8) GOLDMANN, LUCIEN, *Le dieu caché*, pág. 180.

(9) IDEM, *ibidem*, pág. 181.

cinco tesis eran heréticas, pero de hecho no reconocían que estuviesen contenidas en el *Augustinus* de Jansenio, dado que en la obra no se podían aislar o decantar por sí solas, problemática a la que ya aludimos supra.

No obstante, los dirigentes de esta vertiente del jansenismo reprocharon a Barcos su negativa a la firma.

El grupo más moderado se sometió también a la Iglesia. Un hecho muy destacable y digno de ser tenido en cuenta es el de la disputa y ruptura que Racine mantuvo durante buena parte de su vida con Port-Royal. Son acontecimientos decisivos para su carrera dramática y, lejos de ser una objeción o contradicción a la influencia del jansenismo en la mente de Jean Racine, prueban que los hombres mejor dotados son aquellos en quienes cristaliza con mayor perfección la conciencia colectiva y los que brindan un reflejo de la visión del mundo de su época con más precisa claridad en los conceptos y más brillantez en la sensibilidad.

Recurramos nuevamente a tal efecto a los hechos históricos y sociales que han influido en la biografía de Racine. Este en 1661 marcha a Uzès, donde su tío Sconin es obispo, con el fin de obtener un beneficio eclesiástico. Este hecho marca de forma más acentuada que sus primeros poemas profanos o cortesanos —«La Nymphe de la Seine à la Reine», «L'Ode sur la convalescence du Roy», «La Renommée aux Muses», etc.— su decidida vocación de seguir una carrera brillante, apartándose, por tanto, de Port-Royal, que no vería con agrado estos derroteros en uno de sus discípulos que buscaba triunfar en el mundo.

Las cosas no van bien para Racine en Uzès y pasado un año lo abandona sin conseguir su plaza, dedicándose de nuevo a la literatura: en 1664 se estrena *La Thébaïde* y en 1665 se representa por primera vez *Alexandre le Grand*.

En 1666 va a suceder un acontecimiento de enorme importancia que gravitará sobre la conciencia raciniana a lo largo de toda su vida y que cambia por completo el rumbo de su quehacer dramático: es la polémica conocida con el nombre de «Querelle des Imaginaires» y que a continuación narramos.

Un escritorzuelo francés de esta época, Desmarets de Saint-Sorlin, entra en la liza jansenista a propósito de las discusiones teológicas y morales.

Nicole, no se sabe si imitando o tal vez tratando de emular a Pascal con sus dieciocho *Provinciales*, responde a Saint-Sorlin con dieciocho cartas tituladas *Visionnaires et Imaginaires*, que constituyen un gran volumen. Pues bien, una de las acusaciones que Nicole lanzaba contra

Saint-Sorlin, quizá más que por interés auténtico, por sed de popularidad y redimirse de su mediocridad literaria —él también había compuesto novelas y teatro— era que

«Un faiseur de romans et un poète de théâtre est un empoisonneur public, non des corps mais des âmes des fidèles» (10).

Ya sea que Racine leyó el párrafo, ya que alguien le puso de relieve estas líneas, se sintió afectado, él, que siempre había seguido interesado por todo lo relacionado con Port-Royal, a pesar de la «traición» de escribir teatro y buscar la fama mundana, y escribió una *Première Lettre* en polémica contra Port-Royal, atacando sobre todo la posición centrista.

Aún escribió otra carta, que no llegó a publicar, ya que por mediación de Vitart le fue comunicado que no era a él a quien se atacaba en concreto, pero que si persistía, Nicole, y con él su grupo, le responderían.

Esta querella hizo, como quedó demostrado andando el tiempo, que sus perfiles se definiesen mejor y radicalizó su postura y su actitud moral en lo concerniente al jansenismo, pero no alejándose y olvidándolo, puesto que vivía inmerso en esa problemática, y que, como dice Camús en boca de su Calígula, «nunca estamos solos, una misma carga de pasado y de porvenir nos acompaña siempre».

Racine va a realizar su secreta venganza uniendo a su vida (dedicada primero a la literatura y luego a la Corte como historiógrafo de Luis XIV junto con Boileau) la creación literaria de un universo donde:

«Racine transpose désormais la morale et la vision jansénistes en un langage profane, et crée un univers imaginaire structuré par les valeurs qu'il a effectivement trahies dans sa vie, un univers où tout compromis est condamnable en condamné, où l'homme ne vaut que dans la mesure où il se conforme entièrement aux exigences à la fois absolues et contradictoires d'une puissance située en dehors du monde représenté sur la scène (Hector et Astyanax, le Temple des Vestales, le peuple romain)» (11).

Andromaque, terminada en 1667, es obra de una maestría, madurez y calidad dramática muy superiores a las dos primeras piezas. La causa, según Goldmann, es:

«Dans ce sens, il nous semble qu'à côté de beaucoup d'autres différences entre les deux premières pièces de Racine et les trois qui ont suivi, il y a aussi et peut-être en premier lieu

(10) Citado por GOLDMANN, L., en *Racine*, pág. 65.

(11) GOLDMANN, LUCIEN, *Situat: on de la critique racinienne*, págs. 38-39.

cette différence que les dernières sont jansénistes tandis que les deux premières ne le sont pas, que les unes sont des drames et les autres des tragédies» (12).

Llegados aquí es preciso dilucidar la diferencia entre drama y tragedia, cómo cada género pertenece a un tipo de jansenismo, toda vez que cada una de estas dos modalidades literarias refleja un estado que implica modificaciones no puramente formales, sino conceptuales sobre todo y emocionales también.

Goldmann en su Racine lo explicita como sigue:

«Nous appellerons "tragédie" toute pièce dans laquelle les conflits sont nécessairement insolubles, et "drame" toute pièce dans laquelle les conflits sont ou résolus (tout au moins sur le plan moral) ou insolubles par suite de l'intervention accidentelle d'un facteur qui selon les lois constitutives de l'univers de la pièce aurait pu ne pas intervenir» (13).

La tragedia estará, pues, presidida por la categoría de todo o nada, mientras que en el drama cabe la categoría del más y del menos, porque si bien los conflictos no se solucionan, son al menos solubles en principio.

La tragedia es necesariamente insoluble, el drama lo es accidentalmente. Coinciden en que ninguno encuentra «de facto» la solución intramundana a los problemas allí planteados.

Tanto en la tragedia como en la comedia hay una primacía de los problemas éticos y morales, pero en la tragedia la exigencia de valores es absoluta, sin graduaciones ni matizaciones, es decir, está presidida por la categoría de todo o nada.

Según la clasificación de Goldmann, son tragedias *Andromaque* (no totalmente), *Britannicus*, *Bérénice* y *Phèdre*, mientras que incluye en los dramas a *Bajazet*, *Mithridate*, *Iphigénie*, *Esther* y *Athalie*.

Phèdre, aunque tragedia, es un caso aparte, que después analizaremos, sin que contradiga lo que a continuación se expone.

He aquí que la dramaturgia raciniana sufre un proceso que va de la tragedia al drama, de la posición extremista del jansenismo al centrismo.

Racine publica *Bajazet*, su primer drama, en 1671, y a fines de 1668 se acordó la Paz de la Iglesia, por la que el movimiento jansenista evoluciona al centrismo, lo que significaría su desaparición, porque los jansenistas, lejos de ser perseguidos, pasan a ocupar cargos oficiales.

(12) GOLDMANN, LUCIEN, *Racine* pág. 71.

(13) IDEM, *ibidem*, pág. 15.

Interesa destacar que Pascal ha recorrido en su pensamiento el camino inverso a la evolución general del jansenismo port-royalista, yendo del centrismo de *Les Provinciales* al extremismo de *Les Pensées*, mientras que la trayectoria raciniana es idéntica a la del jansenismo, su actitud práctica la había adelantado en ocho años.

Por eso su ruptura con Port-Royal la considero, antes que como una disidencia ideológica real y profunda con el grupo, más bien como una anticipación fáctica, reflejo de la coherencia de su visión del mundo.

Racine captó y reflejó, tal vez de modo inconsciente, la doctrina jansenista en un ficticio mundo profano que creaba en sus tragedias, y sus discrepancias fueron por intereses más que por desacuerdo y menos todavía por desafección. Recordaré, si no, sus palabras en la Academia Francesa a propósito de su carta a Port-Royal, transcurridos algunos años: «Je donnerais tout mon sang pour l'effacer» (14), haciendo además constar en el testamento su voluntad expresa de ser enterrado en Port-Royal, cabe la fosa de Hamon, uno de los más puros jansenistas.

Entonces, ¿qué representa la tragedia *Phèdre* después de haber escrito tres dramas consecutivos?, ¿es un resurgir de su antiguo extremismo?, ¿es una contradicción interna en la evolución del pensamiento raciniano, que llevada a sus últimas consecuencias podría volverse contra toda la tesis goldmanniana y demostrar que lo que él afirma de Racine es sólo una verdad a medias?

Goldmann tiene, pues, necesidad de dejar bien claro el caso de *Phèdre* si no quiere incurrir en la refutación de que se le tilde de hacer un registro fáctico que no puede elevarse a categoría teórica, porque presenta una involución posterior, que está en íntima oposición a su tesis.

Sin embargo, veremos, por el contrario, que la corrobora.

Phèdre es una tragedia, porque si bien es verdad que la heroína, al desear el amor incestuoso de su hijastro Hipólito, realiza una tentativa muy en contra del orden moral, ella misma se suicida al tomar conciencia de esta moral que vence y domina la obra, en contra de lo mundano; pero esta misma característica de que el personaje central —y en *Phèdre*, desde luego, principal— quiera vivir en el mundo, de tratar de realizar la unión de contrarios es la que sirve de base firme a Goldmann para demostrar que, aunque después se revele como irrealizable esta tentativa, no refleja, desde luego, la moral jansenista de sus primeras tragedias.

Así las cosas, si no es ni una obra centrista ni extremista, solamente cabe una pregunta para esta última obra profana de Racine:

(14) Recogido en la literatura del siglo XVII de LAGARDE, A., et MICHARD, L., Ed. Bordas, París, 1970.

«Est-ce une tragédie qui n'a plus rien à voir avec Port-Royal et le jansénisme? —Certainement pas, car si elle ne transpose plus la vision de Port-Royal, *Phèdre* transpose l'expérience réelle du mouvement janséniste au cours des dernières années, son illusion d'être en mesure de trouver une place dans le monde, la tentative de compromis et l'échec auquel elle a abouti» (15).

Phèdre representa, por tanto, la última posición del jansenismo antes de su desaparición y la reconciliación de Racine con un Port-Royal en dificultades y en decadencia por el cerco de las persecuciones, es la síntesis de la solidaridad raciniana con el jansenismo, en el que nunca militó, pero al que siempre se consideró vinculado.

A partir de entonces se dedica a su labor de historiógrafo de Luis XIV, junto con Boileau, y escribe en secreto su *Abrégé de l'histoire de Port-Royal*, verdadera apología de la abadía y de sus gentes.

Sólo compondrá doce años después, por encargo de Madame de Maintenon, dos dramas sagrados para ser representados por las alumnas de Saint-Cyr, institución encargada de la educación y formación religiosa de las chicas: son *Esther* y *Athalie*.

La moral jansenista trágica de las tragedias profanas ha desaparecido tal como estaba formulada en ellas. Aquí ya no existe el *Deus absconditus* y espectador, como tampoco es la misma la situación de este movimiento religioso en las fechas de composición de ambas piezas:

«en 1689 et en 1691, le jansénisme extrémiste a disparu, ou a du moins perdu toute importance. Le mouvement est dirigé par Arnauld, qui vit en exil, et le sera bientôt par son successeur, Quesnel» (16).

El elemento diferenciador más notable con respecto a las anteriores obras teatrales estriba en la aparición del coro.

En la tragedia griega el coro representaba al pueblo, a la Comunidad, a la polis de la que el héroe trágico se distanciaba por haber roto el orden común establecido. La soledad del héroe griego proviene del rompimiento en algún modo de esa «hybris» estatuida.

La gran novedad que aporta la novela al campo literario es precisamente el descubrimiento del héroe radical y profundamente solo. El personaje de la novela renacentista ya no cuenta con filtros mágicos ni ayudas trascendentes o sobrehumanas. Esta conciencia de la limitación hu-

(15) GOLDMANN, LUCIEN, *Situation de la critique racinienne*, pág. 42.

(16) IDEM, *ibidem*, pág. 89.

mana que sólo va a contar con sus propias fuerzas, a veces exiguas y otras veces poderosas, está en la base de los orígenes de la novela moderna.

Otro tanto cabe añadir de la tragedia moderna, donde el héroe está solo, porque ya no hay compromiso entre los habitantes de la Comunidad; es más: la sociedad está atomizada y todos los hombres están solos. Los problemas de los personajes trágicos modernos no se van a solucionar a nivel de individuo con la comunidad, sino de individuo a individuo, o él mismo con su conciencia, porque la soledad, fruto del egoísmo, es el denominador común que preside ahora la vida de los hombres.

Desde el punto de vista de la coherencia interior, el coro, como expresión de la voz de la comunidad, no podía darse en las tragedias profanas, de raíz moral jansenista, habida cuenta que la soledad de los héroes no podía tener una solución intramundana, sino trascendente, es decir, que radicaba en la divinidad.

El coro aparece en estas tragedias, las menos jansenistas de Racine, porque, según indica Goldmann:

«A la place du dieu qui s'oppose radicalement au monde —et qui était celui des jansénistes extrémistes—, nous y trouvons, dans le monde même, un personnage conforme aux exigences divines, le roi, trompé par ses mauvais ministres. Il était normal qu'un écrivain de l'envergure de Racine ne s'en tienne pas à ce niveau intermédiaire» (17).

Por otra parte, estas últimas piezas se inscriben dentro de unas coordenadas dramáticas generales que escapan a la anterior producción; pues con la presencia de la divinidad se resquebrajan las unidades de tiempo, lugar y acción, y nos encontramos ante un nuevo universo más escatológico que trágico.

(17) IDEM, *ibidem*, pág. 91.